

Un discurso de don Luis Dobles Segreda

Por JOSE MARIA SALAS

Esta es la segunda y última parte del discurso del profesor Dobles Segreda (la primera apareció el 19 de febrero en este mismo periódico LA PRENSA LIBRE.) y es dedicado a mi buen amigo nuestro canciller Facio Segreda.

Lo que América ha amado siempre es el verso de Mistral y los pensamientos de Pascal; el sermón de Bossuet y los cuentos de Perrault; el realismo de Zolá y la melancolía de Lamartine; el apóstrofe de Hugo y el teorema de Arago; la estética de Renán y la retorta de Lavoisier; el discurso de Gambetta y los microscopios de Pasteur; la sátira de Voltaire y los jardines de Le Notre; los ensayos de Montaigne y el fósil de Cuvier; las tragedias de Racine y los gestos de Coquelin. Es la satisfacción total del espíritu; el Angelus de Millet, para regalo del ojo; el Ave María de Gounod para recreo del oído; el perfume de Guerlain para deleite del olfato; el champagne de Clicot para fruición del gusto; la porcelana de Sevres para el halago del tacto.

En una palabra, el pensador de Rodin, como representación plástica de Francia, para el completo deleite de la conciencia humana.

Y todo eso está allí, hombres de poca fe, en el mismo vaso que lo contuvo, en la copa del Rey de Thule, que habrá de acompañarnos al través de los siglos y en la que han de beber todos los inspirados e inspiradores de la tierra.

Eso es la Francia Eterna, desde la que hablo y de la que hablo en este Quince de Setiembre.

Lo que América ha amado siempre es el verso del Mistral y los pensamientos de Pascal; el sermón de Bossuet y los cuentos de Perrault; el realismo de Zolá; la melancolía de Lamartine; el apóstrofe de Hugo y el teorema de Arago; la estética de Renán y la retorta de Lavoisier; el discurso de Gambetta y los microscopios de Pasteur; la sátira de Voltaire y los jardines de Le Notre; los ensayos de Montaigne y el fósil de Cuvier; las tragedias de Racine y los gestos de Coquelin. Es la satisfacción total del espíritu; el Angelus de Millet, para regalo del ojo; el Ave María de Gounod para recreo del oído; el perfume de Guerlain, para deleite del olfato; el champagne de Clicot para fruición del gusto; la porcelana de Sevres para el halago del tacto.

En una palabra, el pensador de Rodin, como representación plástica de Francia, para el completo deleite de la conciencia humana.

Y todo eso está allí, hombres de poca fe, en el mismo vaso que lo contuvo, la copa del Rey de Thule, que habrá de acompañarnos al través de los siglos y en la que han de beber todos los inspirados e inspiradores de la tierra.

Esa es la Francia Eterna, desde la que hablo y de la que hablo en este Quince de Setiembre, por eso me asiste derecho para hablar de la independencia de nuestras nacionalidades, porque ellas nacieron al grito de Voltaire: "Peuple éveille-toi".

La independencia de América poco significa en cuanto a separación de España, porque a través de las edades, seguimos siendo españoles por el corazón y por la raza. Somos fragmentos de un

mismo solar histórico. Lo que vale es la organización republicana de nuestros Estados, como función social de pueblos que llegaron a su mayoría.

Ellos son hijos de ese Evangelio de la Libertad: Los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Esa es la obra de los apóstoles de la nueva doctrina. Se llamaban Barnave o Sieyès, La Fayette o Mounier, cuando escribían.

En la tribuna se llamaron a veces jacobinos, como Vergniaud, a ratos monrondinos, como Vergniaud, a ratos montaneses como Dantón.

Fueron avanzados, como Herbert; moderados, como Marais; fogosos, como Saint-just; exaltados, como Couthon; elocuentes como Mirabeau; pensadores, como Marat; discretos como Bailly; pero todos tuvieron una envergadura uniforme; su posición vertical como apóstoles de la República y mártires de la democracia.

Acabaron con el poder absoluto y arbitrario que era amo de vidas y haciendas y señor de horca y cuchilla.

Lucharon contra la anarquía de una administración desorganizada y absurda, donde el caos era medio y el capricho regla.

Vencieron la venalidad de una justicia inicua para los de abajo y concupiscente para los de arriba. Justicia amasada con odio y aliñada con venganzas.

Quebraron los petros de las bárbaras torturas que descoyuntaban las carnes y quebrantaban los huesos.

Pelearon contra los impuestos repartidos al capricho, cargados sobre las frentes más sudorosas y las bolsas más pobres.

Despedazaron los privilegios de una nobleza orgullosa e ignorante.

A la soberanía totalitaria del abuso opusieron la soberanía democrática de la nación.

Y entonces declararon: Que el hombre nace y crece para el disfrute de su libertad.

Que la libertad consiste en hacer todo aquello que no cause daño a tercero.

Que la ley es la expresión de la voluntad general y no del individuo y que debe ser igual para todos, sin diferencias de razas ni de categorías, ya sea que proteja o que castigue.

Que nadie puede ser acusado, ni detenido, ni castigado, sino de acuerdo con una ley promulgada con anterioridad a su delito.

Que nadie puede ser inquietado por sus opiniones políticas ni sus creencias religiosas.

Que todo ciudadano puede hablar, escribir y disfrutar de la libre expresión de su pensamiento.

Que la fuerza pública está instituida para la protección de todos y no para el servicio particular de quien tiene su comando.

Que los ciudadanos tienen derecho a vigilar el uso y destino de sus contribuciones.

Que la sociedad tiene facultades para llamar a cuentas a todos los agentes de su administración.

Eso es lo que Francia nos dijo en la hora de nuestra independencia; esta Francia hoy partida en dos jirones, esperando una mañana de unión y de entereza que ha de reunirla de nuevo.

Eso es lo que de ella aprendimos.

Pasa a la Pág. Siguiente